

Sujetos sociales en la horticultura argentina

Reflexiones en torno a su estudio

Compiladoras
Daniela Mathey
Graciela Preda



INTA Ediciones

Colección
INVESTIGACIÓN, DESARROLLO E INNOVACIÓN



Sujetos sociales en la horticultura argentina

Reflexiones en torno a su estudio

*Compiladoras:
Daniela Mathey
Graciela Preda*



Ministerio de Agricultura,
Ganadería y Pesca
Argentina

*INTA Ediciones
Centro Regional Mendoza San Juan
Estación Experimental Agropecuaria Mendoza*

2020

635 Sujetos sociales en la horticultura argentina : reflexiones en torno a su estudio /
Su42 compiladoras: Daniela Mathey, Graciela Preda. – Buenos Aires : Ediciones
INTA, Estación Experimental Agropecuaria Mendoza, 2020.
141 p. : il. (en PDF)

ISBN 978-987-8333-32-8 (digital)

i. Mathey, Daniela. ii. Preda, Graciela

HORTICULTURA – ANALISIS SOCIOLOGICO – PRODUCCION – ESTUDIO DE
CASOS PRACTICOS – ARGENTINA

DD-INTA

Este documento es resultado de financiamiento otorgado por el Estado Nacional, por lo tanto, queda sujeto al cumplimiento de la Ley N° 26.899.

Foto de tapa:

Paula Aguilera, INTA EEA San Juan.

*Este libro
cuenta con licencia:*



Autores

Barrionuevo, Myrian Elisabeth. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). Centro Regional Patagonia Norte. Área de Investigación para la Agricultura Familiar.

Castro, Andrea Soledad. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) - Centro de Historia Argentina y Americana (CHAYA) del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

Ciarallo, Ana. Universidad Nacional del Comahue (UNCo).

Curró, Claudia. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Entre Ríos, Estación Experimental Agropecuaria Concepción del Uruguay, Agencia de Extensión Rural Concepción del Uruguay.

Lipka, Gina. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Patagonia Sur, EEA Santa Cruz INTA, AER Puerto Deseado.

Mathey, Daniela. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Mendoza San Juan, Estación Experimental Agropecuaria Mendoza.

Moltoni, Luciana. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro de Investigación de Agroindustria, Instituto de Ingeniería Rural.

Nuñez, Pablo. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Patagonia Norte, Estación Experimental Agropecuaria Alto Valle, Agencia de Extensión Rural Centenario.

Pereyra, Mariana. Universidad Nacional de Cuyo (UNCuyo), Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Preda, Graciela. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). Centro Regional Patagonia Norte. Área de Investigación para la Agricultura Familiar.

Salatino, Noelia. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) - Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Mendoza San Juan, Estación Experimental Agropecuaria La Consulta.

Trpin, Verónica. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Instituto Patagónico de Estudios de Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS)-CONICET-Universidad Nacional del Comahue (UNCo).

Zunino, Natalia. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Patagonia Norte, Estación Experimental Agropecuaria Alto Valle, Agencia de Extensión Rural General Roca.

Índice

Presentación	5
<i>Daniela Mathey y Graciela Preda</i>	
Primera parte. Aportes teórico-metodológicos para el estudio de la horticultura desde las ciencias sociales	
Problematización teórica y metodológica de la construcción de los sujetos objetos de estudio o de intervención en espacios rurales: los/as bolivianos/as en la horticultura.....	13
<i>Verónica Trpin</i>	
Aportes conceptuales en el abordaje de los mercados de trabajo segmentados étnicamente y de territorios productivos agrarios.....	35
<i>Ana Ciarallo</i>	
Segunda parte. Reflexiones a partir de experiencias de trabajo	
Comprender el idioma de los horticultores en un mar de complejidades.....	59
<i>Myrian Elisabeth Barrionuevo</i>	
Reflexiones en torno a la diversidad cultural en el periurbano hortícola de La Plata: aportes a la caracterización de los sujetos sociales de la horticultura.....	67
<i>Andrea Soledad Castro</i>	
La huerta comunitaria agroecológica: una experiencia con mujeres hortícolas del sudeste de Entre Ríos.....	77
<i>Claudia Curró y Luciana Moltoni</i>	
Productores agropecuarios del periurbano de Puerto Deseado, Santa Cruz: caracterización y breve análisis de la situación socio-productiva.....	87
<i>Gina Lipka</i>	
Configuración socio productiva de un territorio hortícola. El caso de Guaymallén, provincia de Mendoza.....	99
<i>Daniela Mathey y Mariana Pereyra</i>	
Horticultura en el Valle de Uco, una aproximación a los sujetos sociales hortícolas.....	114
<i>María Noelia Salatino</i>	
Trayectorias y procesos de movilidad social de productores hortícolas del Alto Valle de Río Negro.....	126
<i>Natalia Zunino y Pablo Núñez</i>	

Problematización teórica y metodológica de la construcción de los sujetos objetos de estudio o de intervención en espacios rurales: los/as bolivianos/as en la horticultura⁶

Verónica Trpin⁷

La exposición aborda los siguientes temas: a) Construcción de la alteridad en la Argentina: los/as migrantes limítrofes, etnicidad y racialización y b) Contribuciones del enfoque etnográfico en el abordaje “del/la otro/a” a intervenir o investigar.

Mi presentación se basa en líneas de investigación que realizamos desde la Universidad Nacional del Comahue vinculadas a problemáticas agrarias que involucran el caso de la horticultura, centralmente, horticultores de origen boliviano.

Esto nos lleva necesariamente a introducir los desafíos del trabajo de campo en una implicación desde la investigación y no desde la intervención técnica. Es decir, dejar en suspenso esa actividad desde la cual están involucrados e involucradas para pensar en un trabajo de campo que nos ubica como sujetos y sujetas en otro lugar de interlocución con los actores sociales.

Desde la investigación se dispone de algunas herramientas teóricas y metodológicas para el trabajo en la horticultura. He seleccionado algunas investigaciones que estamos llevando a cabo en una lógica que implica un involucramiento en el trabajo de campo desde el método etnográfico.

Este tipo de propuesta o abordaje acerca de los sujetos agrarios hortícolas creemos que logra sostenerse desde la etnografía dadas las particularidades de ese tipo de producción y de su organización que, centralmente, es de tipo familiar. Por lo cual, hay una correlación entre las decisiones metodológicas y las decisiones teóricas pero básicamente ajustándonos al tipo de sujeto que se transforma en nuestro objeto de

⁶ Artículo basado en la transcripción de la exposición de V. Trpin en el Taller “Sujetos sociales en la horticultura. Abordajes teóricos y metodológicos”, 17 y 18 de Agosto de 2016, IPAF Región Patagonia, Neuquén.

⁷ Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Vicedirectora del Instituto Patagónico de Estudios de Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS)-CONICET-UNCo. Docente e investigadora de la Universidad Nacional del Comahue (UNCo). vtrpin@hotmail.com

estudio. Si bien hay temáticas que pueden abordarse desde un enfoque cuantitativo, creemos que el trabajo en terreno para estudiar horticultura es nodal.

Por eso me parecía importante abordar en esta presentación los desafíos que involucra el trabajo de campo pero no como técnicos/as interviniendo sino desde algunas preguntas que movilicen una problematización del trabajo de campo para el sostenimiento de una investigación. El trabajo en terreno implica una problematización metodológica, lo cual no significa una desatención de la teoría. Es decir, el trabajo de campo necesariamente implica ese diálogo dialéctico, podríamos decir, entre aquellas preguntas que surgen del trabajo de campo y, al mismo tiempo, esquemas interpretativos que se sostienen desde las teorías sociales.

Asimismo, la propuesta de pensar el trabajo de campo desde la etnografía para las investigaciones sociales involucra una problematización de cómo construimos nuestro objeto de estudio. Creemos que el hecho de que la horticultura sea un objeto de las investigaciones agrarias en la Argentina bastante reciente, que ha sostenido la posibilidad de interesantes diálogos interdisciplinarios, implica desafíos y proyecciones que se van sosteniendo en el hacer de la investigación, más que tradiciones ya consolidadas. Por lo cual, esta presentación es una invitación para pensarnos en esos cruces interdisciplinarios, en los desafíos que involucra construir al sujeto hortícola como un sujeto-objeto de estudio. Pero básicamente pensar cómo ese sujeto ha interpelado muchos esquemas interpretativos provenientes de las ciencias sociales e incluso también de las ciencias agronómicas.

En el transcurrir de las investigaciones podemos observar cómo algunos esquemas interpretativos están focalizados o son fácilmente resueltos para otro tipo de producciones pero con la horticultura se nos van “quemando los papeles”. Y ustedes, por los relatos también que fueron compartiendo, expresan que muchos de esos esquemas interpretativos empiezan a hacer agua cuando comenzamos a hacer trabajo de campo en horticultura. Esto básicamente nos instala en la primera parte de mi intervención: cómo el sujeto hortícola nos sitúa en el trabajo de campo como un “otro”.

Si hay algo que nos interpela en el trabajo de campo etnográfico es la “relación entre investigador e investigado”, la cual implica una relación siempre jerárquica que la etnografía, en sus diferentes enfoques, ha tratado de problematizar. Ese sujeto que

comienza a ser investigado -por ejemplo trabajadores rurales, productores hortícolas-, necesariamente implica una relación de alteridad.

Y acá ya nos metemos con un aspecto central del aporte antropológico, pensar cómo nos relacionamos y desde qué lugares con nuestros sujetos de estudio, en esa problematización que hacemos de la implicancia del trabajo de campo. Porque si hay algo que ha sostenido la antropología y algunas discusiones en las últimas décadas, es pensar al sujeto de estudio no desde la definición de una investigación “sobre” tal población, “sobre” tal sujeto, sino más bien “con” y “a partir” de tal sujeto. Esto ya nos ubica en un lugar de interlocución desde el cual esa relación jerárquica, definida en los inicios de la antropología, entre quienes eran objeto de estudio y el investigador comienza a diluirse en una relación que implica una interlocución.

Revisando alguna bibliografía sobre etnografía, seleccioné un texto de Miguel Bartolomé (2003), antropólogo argentino, donde problematiza este viraje en los enfoques antropológicos. Recuperando los aportes de Geertz (2005) acerca del pensar las investigaciones “a partir” de los sujetos con quienes nos vinculamos, plantea la necesidad de problematizar la relación, de reflexionar sobre cómo esos sujetos nos habilitan la entrada al trabajo de campo y cómo esas habilitaciones son como una exploración que nos ubica en una negociación permanente. En ese artículo, Bartolomé sostenía la posibilidad de dejar de pensar en términos de “informantes” -lo cual nos ubica en una relación de vigilancia y control-, y hacerlo en términos de “interlocutores”. Es decir, cómo esos sujetos y sujetas, desde los cuales iniciamos y sostenemos nuestro trabajo de campo etnográfico, pueden habilitarnos a un diálogo intercultural. A partir de esta interlocución el producto de una investigación es, entonces, fruto de las dos partes.

Rosana Guber (2001) sostiene esta posibilidad de pensar el texto etnográfico como el producto de esa interlocución y no como una producción situada sólo en el investigador. Por lo cual el diálogo de estos dos autores -además destaco que son latinoamericanos y argentinos y argentinas- permite poder pensar estos virajes en el abordaje metodológico a partir de una profunda implicancia en el trabajo de campo. Es decir, cómo poder llegar a esas conclusiones y a esas posibilidades de repensar permanentemente el trabajo de campo, a partir de haber realizado trabajo de campo.

El problema es cómo transformar ese trabajo de campo en una problematización de un objeto de estudio. Y creo que acá vienen los principales desafíos para ir pensando a

los sujetos y sujetas con quienes nos vinculamos en el trabajo de campo. Por ejemplo, hay que pensar en la existencia de una relación jerárquica -que no podemos diluir porque nuestros lugares son diferentes en nuestras implicancias institucionales, somos nosotros y nosotras quienes vamos a terreno a investigar, somos nosotros y nosotras quienes vamos a intervenir-, por lo cual ese lugar de reflexividad permanente es necesario en el trabajo de campo, a partir de los lugares desiguales desde los cuales tenemos posibilidades de circular. La reflexividad es un elemento central en la antropología que implica tener una permanente alerta acerca de las implicancias que tiene nuestra presencia en el trabajo de campo.

Bueno yo las miro, los miro y la mayoría son mujeres y muchas de sus exposiciones tuvieron que ver con las implicancias y los desafíos en el trabajo de campo y en espacios rurales al ser mujer. Además podemos pensar por qué no es casual que la mayoría de ustedes sean mujeres trabajando horticultura, lo cual también tiene que ver con una desvalorización de un tipo de producción que en general se ha pensado en términos periféricos, incluso desde las políticas de desarrollo agrario. Entonces las mujeres terminan ubicándose como interventoras; interviniendo o preocupadas por esos lugares productivos que, en general, no son políticas centrales de Estado. Sería interesante, incluso que después podamos seguir repensándolo, la cuestión de cómo hacer trabajo de campo siendo varones y siendo mujeres implica posibilidades de involucramiento y de problematización de ese trabajo de campo.

Pero para no desviarme y siguiendo con esta lógica y estos desafíos, las lecturas de Bartolomé y de Guber nos sostienen para pensar esas interlocuciones. Bartolomé piensa al sujeto objeto de estudio, insisto con esto, no como informante donde nos ubica en una jerarquía diferente sino, según él, en términos de interlocución. Él cree que tiene una potencialidad en los términos de diálogos interculturales y esto no es un hecho menor para pensarlo en relación a la horticultura. Más temprano alguno de ustedes comentaba este desafío de pensar al otro como un otro cultural. Y es necesario plantearlo cuando trabajamos con horticultores, pensarlo como un problema que tiene que ver con las historias agrarias de la Argentina; decimos un problema no en el sentido de un estorbo sino, más bien, como algo que nos interpela. Y justamente en el trabajo de campo etnográfico, si hay algo desde lo cual hay que partir siempre son desde las interpelaciones. Aquello que damos por supuesto, aquello que damos como dado (como categorías que se imponen desde nuestros esquemas

interpretativos), tienen que ser revisados permanentemente para poder sostener miradas que ubiquen al otro o a la otra como interlocutor. Esa interlocución es la que nos invita a conocer un mundo que no conocemos.

Desde sus orígenes, pensar desde la perspectiva "nativa" el mundo social fue el basamento de las investigaciones antropológicas. Y justamente recuperar esta posibilidad de que el otro sabe, que el otro y la otra tienen mucho para contarnos implica esto que Bartolomé sostiene como el diálogo intercultural. Porque necesariamente al reconocer al otro y la otra como diferente -después vamos a ver que no es lo mismo considerarlo diferente que considerarlo inferior, tradicional, primitivo- me ubica en mi lugar de interlocución. Pensarme como mujer, como universitaria interviniendo, investigando "a partir de" y no "sobre" esos sujetos.

Este es el desafío etnográfico, pensar desde la perspectiva nativa, donde el conocimiento viene desde abajo y no desde la intervención (desde arriba) con el conocimiento técnico. Omar Arach (2008) plantea el juego entre ambas lógicas de manera muy minuciosa al describir lo que implicó, como antropólogo, trabajar en el INTA. En su artículo señala las lógicas desde las cuales nos formamos los antropólogos y las antropólogas y las expectativas implicadas en otro tipo de trabajo que no tiene que ver con una permanencia prolongada en el campo solo por el conocimiento mismo de ese mundo social o de ese mundo productivo. Plantea como desafío considerar las trabas que tienen que ver con lógicas institucionales muy diferentes y que lo hacen repensar incluso las posibilidades de cómo sostener una antropología, podríamos decir aplicada, que tenga que ver con otras lógicas que no sea la mera investigación.

Pero creo que ahora estamos haciendo el ejercicio inverso. Esto es, cómo pensar desde el trabajo técnico que realizamos un trabajo de investigación y, entonces, cómo recuperar saberes desde los cuales organizan una producción, desde los cuales organizan la circulación por un espacio desde los propios actores. Creo que es un desafío importante en esas posibilidades de diálogos interculturales. Porque sostienen entonces una posibilidad de que la perspectiva nativa sea recuperada como potencializadora, podríamos decir, y como basamento de un tipo de conocimiento que en general solo puede recuperarse desde el trabajo de campo. Si una encuesta típica es difícil que puedan recuperarse saberes vinculados a la tierra, saberes vinculados a las semillas, saberes vinculados a lo productivo.

Pero bueno, nos pone en una lógica de trabajo que para la antropología solo es posible sostener en el trabajo de campo de una larga duración. Es diferente a la intervención focalizada, en la cual tengo que resolver y planificar de acá a un mes o dos meses, con un efecto inmediato desde nuestra presencia.

Acá estamos hablando de trabajo de campo que, tal como sostiene Pizarro (2007), involucra una negociación permanente de cómo sostener nuestra presencia durante mucho tiempo con los sujetos involucrados en la investigación. Y además ser conscientes en este diálogo intercultural, y en esa permanencia, que debemos negociar en el trabajo de campo, una no interactúa desde un lugar vacío. Por eso les decía que es importante pensar cómo operamos en esa negociación, por ejemplo, como mujeres; es decir, con quiénes nos vinculamos, con quién queremos vincularnos y las trabas que tienen que ver con nuestra condición de mujeres.

Con Silvia Brouchoud y Daniela Rodríguez (2017) planteamos una reflexión sobre nuestra implicancia como mujeres en el trabajo de campo. Acerca del acceso a nuestros interlocutores, en general, las barreras son masculinas. Primero, sólo por el hecho de ser mujeres parece que fuéramos sujetas de sospecha por estar circulando en ámbitos altamente masculinizados, como es el trabajo rural. Y siempre es un problema. El control, en general, viene de los varones, tanto de los técnicos -tomándonos lección acerca de cuánto sabemos sobre producción agraria porque por ser mujeres parece que mucho no podemos entender- como también de los propios nativos -pensando a los propios sujetos de investigación- quienes, en general, consideran que las mujeres no son informantes importantes del trabajo agrario.

A partir de esta descripción aparece lo que desde la teoría se señala. No se interactúa en un lugar vacío en esa negociación, ni de parte de los sujetos que investigamos, ni de nuestra parte. A veces nuestros supuestos también construyen barreras o fronteras en el trabajo de campo. Y estas fronteras son desde las experiencias -ciertas nociones acerca de las que partimos siendo mujeres, también acerca de cuáles son los lugares, los espacios por los cuales podemos circular autorizadamente-, pero también son fronteras teóricas. Si el trabajo sólo es pensado en términos productivos es posible que en nuestro universo de indagación las mujeres queden excluidas por no participar en lo que, desde algún esquema interpretativo, se considere trabajo productivo. Por lo cual, permanentemente, el mecanismo de reflexividad, dirá Guber (2001), tiene que ver con el alerta situacional en el trabajo de campo -desde el cual debemos siempre

pensar los efectos que tenemos en las relaciones que establecemos con nuestros interlocutores y nuestras interlocutoras- pero también el alerta teórico, es decir, la selección de lo que miramos, pues no hay un lugar vacío sino un lugar de interpretaciones desde la teoría.

Pero pensar, además, que en esas definiciones teóricas no deben replicarse las fronteras de los marcos conceptuales que van a guiar nuestro trabajo de campo. La etnografía no está vacía de conceptos vertebradores para pensar las dinámicas que estamos observando sino que -según nos plantean los autores y las autoras- más bien tienen que ver con una dialéctica permanente entre los conocimientos y los conceptos que provienen del propio trabajo de campo y los conceptos teóricos. Pero, además, cómo las miradas nativas permanentemente nos van implicando desafíos para re pensar esos marcos conceptuales.

Siguiendo con el ejemplo de las concepciones de trabajo, si desde nuestros marcos interpretativos tomamos solo trabajo productivo, por lo tanto, generador de un excedente, generador de un salario, posiblemente el trabajo de las mujeres quede absolutamente desplazado de nuestra mirada. Sin embargo, si escuchamos y vemos las distintas actividades que se realizan en una unidad doméstica, que puede ser las desarrolladas por las familias hortícolas, posiblemente ahí las mujeres entren en una definición amplia de trabajo, la cual no está delimitada a lo productivo considerado como un campo exclusivo de los varones.

Por lo tanto, siempre hay que tener esos alertas, tanto teóricos como esas escuchas de lo que sucede en el trabajo de campo. En general, el/la antropólogo/a en el trabajo de campo parte del supuesto de “no saber”. Eso es lo que habilita la escucha y las posibilidades, insisto tal como lo dice Bartolomé, de ese diálogo intercultural. Porque ese “no saber” es lo que permite reconocer al otro y a la otra como interlocutores. En estos diálogos se abre la posibilidad de conocer esos mundos sociales y productivos.

Esto parece trabajoso, y es trabajoso, porque la lógica técnica siempre nos pone en el lugar de solucionar problemáticas puntuales, donde la escucha está más focalizada en temáticas específicas, donde la intervención es concreta y nuestra llegada al campo tiene que ver con solucionar demandas. Nos ubica en un saber jerárquico que nos deja en la comodidad de que las escuchas más o menos van a estar encaminadas por donde se sostengan esas demandas.

Sin embargo, pensar el trabajo de campo desde el enfoque etnográfico implica quitarnos la mochila de pensarnos siempre como los que y las que debemos dar soluciones y, en cambio, nos permite problematizar -desde el trabajo de campo- aquellas temáticas que nos interpelan y que nos llenan de preguntas. Por lo cual, insisto, también es importante como agentes estatales pensar que el Estado no siempre implica intervención, que no siempre implica solución desde un lugar jerárquico, que no siempre implica homogeneizar y catalogar a los sujetos sociales.

Las políticas públicas parten de catalogar a los sujetos de intervención, por ejemplo, como agricultores familiares. Las categorías que provienen del Estado tienen que ver con las políticas de solución de algunas problemáticas y desde la homogenización o estandarización de ciertos sujetos permiten una aplicación -sea en Ushuaia o sea en la Quiaca- de ciertas líneas de financiamiento o armado de programas. En cambio la etnografía nos ubica en otro lugar, nos desafía a sostener la problematización de conceptos universales -como puede ser el de agricultura familiar- para pensar la diversidad desde las experiencias de los sujetos. Y ahí se nos “queman los papeles” donde antes veíamos por todos lados agriculturas familiares. La variedad se puede recuperar desde las propias experiencias y esto permite, al mismo tiempo, visualizar cómo el homogeneizar o estandarizar ha despojado a los sujetos de sus historias, de sus trayectorias, de sus territorialidades.

Cuando recuperamos a los sujetos y a las sujetas desde sus propias experiencias, desde sus propias historias ancladas territorialmente, podemos pensar también los problemas desde otro lugar. Porque no son sujetos que un día para el otro están ahí sino que forman parte de configuraciones sociales y productivas que nos ubican también en el desafío de pensar en las diferentes escalas de indagación de una investigación. La temporalidad en conjugación con el anclaje territorial, nos desafía a comprender cómo esas miradas localmente situadas dialogan con problemáticas y transformaciones, a niveles regional y nacional, incluso latinoamericano. El caso, en realidad, debe abrirnos la oportunidad. Por eso es interesante la idea de Geertz que les comentaba al inicio de no partir de las investigaciones sobre tal población, sobre tal tema sino más bien “a partir” o “con” esa población.

El cambio de pensar “sobre” bolivianos a “con” o “a partir” de la producción hortícola en tal lugar, nos lleva a otras escalas de indagación de un problema, conduce a pensar otras transformaciones mayores. Deja de ser un caso aislado cómo sostenían

las investigaciones en los inicios de la antropología, como sujetos a-históricos, estáticos e incluso “esencializados”. Justamente los desafíos actuales de la antropología -y creo que de todas las ciencias sociales en estas implicancias del trabajo interdisciplinar-, tienen que ver con la historicidad del caso o los casos seleccionados. Porque siempre nos atormenta el tema si son muchos o pocos los casos con los cuales trabajamos, nos atormenta ese esquema positivista que tenemos que comprobar lo fidedigno y lo veraz de nuestras investigaciones.

Pero si nos ubicamos en un paradigma interpretativo desde el cual nos corremos de la carga positivista de estar comprobando la teoría, incluso corremos de estas investigaciones "sobre" tal población y pensarlas "a partir" de tal problemática, "a partir" de este caso, ahí las cosas cambian en relación a esas presiones provenientes de esquemas más duros incluso dentro de la investigación social. Porque si partimos de problemáticas, los casos van conjugándose para abonar esa problematización y entonces definir la cantidad de casos depende también de nuestras posibilidades de realizar el trabajo de campo. Siempre les digo a mis tesisistas, “hagan investigaciones que puedan sostener”, en relación al financiamiento y el tiempo. Y entonces, desde los casos se piensan las temáticas que nos inquietan, pueden hacer uno o dos. Pero a veces pueden ser de tal intensidad etnográfica y de tal problematización que podemos jugar fácilmente con las escalas de análisis sin sostener réplicas de casos para comprobar lo que queremos desarrollar, sino que desde los casos se puede pensar en esquemas interpretativos, donde las territorialidades van abriendo un juego interesante de indagación que permiten ver los espacios y el tiempo jugando desde los casos locales. ¿Entienden la diferencia?

En este sentido, la geografía crítica ha hecho un giro interpretativo muy interesante. Cuando estudié historia, la geografía eran las bardas, el río, etcétera, es decir, la geografía física y tengo ahora el gusto de trabajar con geógrafas y geógrafos como Marta Radonich, Silvia Brouchoud, Flavio Abarzúa. Esta geografía nos ha situado en lecturas sobre territorios -que además permite pensarlos fuera de los esquemas que nos vienen bajados de las agencias de financiamiento, incluso del Estado-, sobre territorialidades que van construyendo los sujetos, lo que también implica jugar con escalas donde, a veces, las territorialidades están definidas con el programa de financiamiento o definidas por los límites políticos establecidos por el Estado.

Cuando empezamos a hacer trabajo de campo desde otro enfoque, que nos involucra en otros tipos de interlocuciones, las territorialidades comienzan a multiplicarse y se abre la posibilidad de pensar las escalas. En ese sentido, el Estado casi se diluye porque allí los protagonistas pasan a ser los varones y las mujeres que construyen esas territorialidades. El Estado siempre forcejea porque quiere marcarnos esa homogeneización desde la cual aplicar, por ejemplo, algún programa de intervención. Y muchas veces son las propias organizaciones las cuales alertan sobre problemáticas, circulaciones espaciales e incluso temporalidades que no necesariamente se ajustan a las definiciones provenientes del Estado.

Siguiendo con esta lógica y aportes de la geografía, observamos a las familias migrantes de origen boliviano, las cuales podemos pensar como constructoras de un tipo de territorialidad a partir de esas cadenas y circulaciones migratorias y de construcciones de territorios productivos que muchas veces disputan espacialidades - incluso tierras- con otro tipo de producción. En este caso estamos pensando, desde el propio trabajo de campo, cómo nuevas configuraciones territoriales a partir de producciones específicas tensionan definiciones territoriales desde producciones más valorizadas para el desarrollo o territorialidades, incluso definidas desde lo jurídico por Estado nacional. Además, estas definiciones territoriales también involucran relaciones de poder, es decir, cómo legítimamente se configuran -a partir de jerarquías internas- espacios más valorados que otros para la circulación diferenciada, por ejemplo, varones y mujeres dentro de una configuración productiva. Siguiendo ese ejemplo, se puede comprender cómo una organización -o las organizaciones en general- están hegemonizadas por los varones productores; es decir, cómo hay ciertas circulaciones, dentro de un mismo territorio productivo, desde el cual hay una jerarquía sustentada en el género. Y cómo esa jerarquía, además, implica relaciones desiguales de poder, por lo menos en la toma de decisiones.

Entonces debemos estar atentos/as a no naturalizar a quiénes se transforman en nuestros interlocutores -en esto de dejar de pensarlos como informantes, sino más bien como interlocutores-, y reflexionar sobre cómo opera permanentemente esta selección de con quiénes dialogamos, tenerlo siempre como una pregunta y no naturalizar que si trabajamos sobre determinada producción la voz autorizada será la de los varones por ejemplo. Además, hay que tener en cuenta que las organizaciones han replicado estos patriarcados, podríamos decir, dentro de las propias producciones agrarias, que definen

quiénes se constituyen en voces autorizadas para negociar con el Estado, con los técnicos y las técnicas e incluso con los investigadores y las investigadoras.

Resulta imprescindible estar atentas y atentos, entonces, a esas movi­lidades diferenciales de varones y mujeres en un mismo territorio; ir captando esas complejidades para pensar cómo se construyen otras espacialidades que no necesariamente están hegemonizadas por los varones. Asimismo, captar las barreras o fronteras para acceder a ellas que debemos ir sorteando en un trabajo de campo de características intensivas y de larga duración.

Reconocernos como parte de esas fronteras implica la posibilidad de problematizarlas y no darlas por hecho, por ejemplo, porque somos mujeres que debemos hacer el doble esfuerzo para acceder a determinados lugares, que debemos demostrar que sabemos algo sobre el trabajo agrario u horticultura y que nuestros interlocutores autorizados solo sean varones.

Por otra parte, creo que también el privilegio de ser varones en el trabajo de campo, en los espacios agrarios, está poco problematizado. Cuando escribimos con Silvia Brouchoud y Daniela Rodríguez nos reíamos de la casi masculinización que tenemos que hacer de nuestros cuerpos en la circulación por los espacios agrarios, casi transformamos en mujeres asexuadas para no generar sospecha o situaciones pensadas como peligrosas o violentas. Así como los cuerpos y las prácticas de las mujeres rurales están casi invisibilizadas para el conocimiento científico y para el conocimiento técnico, nuestros cuerpos también como investigadoras y técnicas, circulando por los espacios agrarios, también casi están invisibilizados en términos de tener que masculinizarnos.

El género debe ser un tema desde el cual podamos instalarnos en la propia producción del conocimiento. Así como hemos generado conocimiento con lógicas fuertemente androcentradas, entiendo que también existe una carencia de problematización acerca de lo que nos pasa como mujeres en el trabajo de campo. Y aquí vuelvo a traer el desafío que, bien lo desarrolla Rosana Guber, de no suponer que se interactúa -en las investigaciones o en las intervenciones- desde un lugar vacío. No, no es ningún lugar vacío. Hay un lugar de género, hay un lugar de saber

técnico que se impone sobre otro tipo de saber, hay un marco teórico que se impone por sobre otras nociones no consideradas legítimas en términos de conocimiento.

Hablar de esquemas androcéntricos refiere a una lógica del conocimiento centrada en lo masculino o, en este caso, de los trabajos sobre producción agraria centrados en lo productivo masculino o en el trabajador varón, trabajador rural varón. En este sentido, hay un texto clásico, que creo siempre vale la pena revisarlo, de Henrietta Moore que se llama “Antropología y feminismo” (2009), en el cual alerta cómo ir desmontando el androcentrismo en el trabajo científico. La autora plantea que, en un primer momento, era necesario hacer más historias de mujeres, darles visibilidad a esas mujeres que habían sido como desdibujadas de los procesos y las transformaciones sociales. O podríamos decir, en el caso de los estudios agrarios, de las propias producciones agrarias. Ese fue el primer desafío.

Después de las décadas de 1960 y 1970 la autora señala otro momento, donde no bastaba con mostrar a las mujeres sino desnaturalizar ciertos conceptos desde los cuales pensar esos lugares de género. Como les decía respecto del concepto trabajo, yo puedo visibilizar mujeres, decir sólo se dedican al trabajo doméstico y con eso quedarme satisfecha de que estoy haciendo una problematización de los lugares de género. Sin embargo, si no problematizo la categoría trabajo, posiblemente vuelva a ubicar a las mujeres en el mismo lugar de androcentrismo que tiene que ver sólo con lo circunscripto a lo doméstico y a lo reproductivo. Entonces, Moore dice hay que generar teoría que implique género, que no es solo visibilizar mujeres, sino desnaturalizar incluso los conceptos que tienen una fuerte carga androcentrada y que han sido conceptos pensados, además, por varones desde las grandes teorías de las ciencias sociales.

Este es un gran aporte de las corrientes feministas en las ciencias sociales: las mujeres tenemos que ser capaces de generar teorías para pensar los lugares de género en cada una de nuestras áreas de conocimiento. Además, no se debe partir del supuesto, dice la autora, que por ser mujeres vamos a tener más accesibilidad a las mujeres, porque si no cambio mis propios parámetros desde los cuales me estoy vinculando con esas mujeres, puedo ubicarlas nuevamente en un lugar de subordinación. No dar por supuesto que las experiencias de mujeres son una categoría universal. En realidad hay que desarmar la categoría mujeres porque no es un universal. Estas categorías son históricas, deben dar cuenta de la diversidad de la experiencia humana y no del carácter universal que poseen *a priori*.

Entonces, acá vamos cerrando las posibilidades que implica el trabajo de campo etnográfico como un recurso de diálogo intercultural y, por qué no pensarlo también, como un recurso de diálogo de género desde el cual permanentemente repensar los lugares de privilegio que tenemos en la accesibilidad al trabajo de campo por ser varones o mujeres. No dar por hecho, por ejemplo que el acceso hacia las mujeres va a ser más directo por la sola condición de género. Porque a veces nos va a interpelar el diálogo intercultural, donde posiblemente esas mujeres nos enseñen mucho de sus esquemas interpretativos del mundo y de los espacios que ellas mismas construyen y que no necesariamente se ajustan a los esquemas interpretativos y las experiencias que nosotras poseemos.

El feminismo, entonces, nos abrió estas posibilidades de pensar en plural a las mujeres y a los varones y, podríamos agregar, a las experiencias diversas según los contextos de anclaje territorial que posean las poblaciones estudiadas.

Otro desafío que implica la etnografía, entonces, es descolonizar la mirada, nuestra propia mirada. ¿A qué hacen referencia algunos científicos sociales en relación a la descolonización? Respecto de la horticultura, creo que no es un tema menor el pensar las descolonizaciones sobre las percepciones del otro. Tiene que ver, en primer lugar, con lo que ya habíamos desarrollado sobre desnaturalizar algunos *a priori* conceptuales desde los cuales homogeneizamos a los sujetos, estandarizamos, para que se encuadren en un tipo particular de programa o en un tipo particular de intervención. Se trata de recuperar los propios conceptos nativos; toda población construye sus propios tipos de clasificaciones sociales, sus propias jerarquías sociales, sus propias explicaciones de las acciones.

Entonces, cuando hacemos el ejercicio de pensar cómo esas configuraciones locales incluyen propias y particulares clasificaciones sociales, estamos descolonizando el conocimiento. Porque ya no es el lugar del investigador o del técnico de un saber impuesto, sino de un saber y de un conocimiento que proviene de las propias poblaciones con las cuales trabajamos. Además, descolonizar a los sujetos (o a nuestros propios objetos de estudio) involucra historizarlos y pensar en las propias marcas coloniales de nuestros territorios latinoamericanos.

Aquí nos metemos en la complejidad que implica pensar en las historias coloniales de América Latina, desmontar algunos mitos acerca de la configuración productiva y

poblacional de Argentina. Porque ese boliviano o boliviana productor o productora que nos encontramos en el trabajo de campo -o con quienes decidimos trabajar-, nos interpela culturalmente.

Volviendo al inicio, ese otro cultural, esa otra cultural nos muestra otra cara de la Argentina. Otra cara que, además, es rural. Estamos habituados a las dinámicas urbanas que definen circulaciones de las poblaciones, migrantes de diversos orígenes. Sin embargo, las espacialidades rurales han sido construidas históricamente como esos sitios tradicionales que han llegado, o que necesitan, de cierta modernización o intervención para pensarse como espacios de desarrollo.

Las colonialidades desde las cual hemos pensado los espacios rurales tienen que ver con lugares casi estáticos, en los que sólo hay cambios si vienen de fuera: el capital, el Estado desde el interventor, el programa de desarrollo. Los espacios rurales son pensados, en general, como espacios a-históricos, producto de una construcción dualista: lo moderno, civilizado y dinámico situado en las grandes urbes, en contraposición a lo rural. De hecho, la antropología en la Argentina también se inicia con esas indagaciones sobre sujetos históricamente construidos como no modernos: los indígenas o las poblaciones rurales.

Pensar la alteridad en la Argentina nos ubica nuevamente en otro lugar de interlocución con la población boliviana que, como les decía, nos muestra necesariamente la marca latinoamericana que posee nuestro país, la marca colonial. ¿Por qué? porque muchas veces nos encontramos con otras lenguas que no necesariamente tienen que ver con la hegemónica castellana. Muestra otras costumbres, las cuales muchas veces remiten a características de indígenas andinos. Muestra hasta otros colores de piel que no necesariamente concuerdan con nuestro imaginario de población blanca argentina. Siempre la interpelación nos moviliza, cómo nos relacionamos con la otredad en los espacios rurales.

El trabajo de Alejandro Grimson (2006) permite pensar lo étnico en los espacios rurales, cómo esta marca colonial que aflora desde la presencia y la circulación de población boliviana por la Argentina. Un tema que parece metido bajo la alfombra desde la construcción del Estado Nacional, una Argentina pensada sin población negra, sin población indígena, sin población campesina.

La migración boliviana, consideramos que remite a esas marcas invisibilizadas dentro de la historia o de la histórica construcción de alteridad en la Argentina. Porque, además, mucha de esa población, clasificada como boliviana, muchas veces es migrante del norte de Argentina. Hay una obsesión Estado-centrada de clasificar a esos migrantes como extranjeros cuando muchas veces no lo son o, incluso, cuando ya encontramos generaciones argentinas viviendo en los espacios rurales pero que, sin embargo, son clasificadas como bolivianas. El desafío es estar en alerta sobre las clasificaciones locales, sobre cómo se construyen jerarquías en los territorios porque, en general, desde el prejuicio se enmarca a estos sujetos agrarios hortícolas como bolivianos cuando muchas veces ya son primera o segunda generación argentina o incluso es población que nunca ha vivido en Bolivia y es del norte de nuestro país.

Alejandro Grimson es uno de los primeros antropólogos en la Argentina que trabajó con población boliviana en un barrio de Buenos Aires y alertó sobre lo que denomina “híper visibilidad de lo étnico” durante la última etapa del gobierno de Menem y luego de la crisis del 2001. Muestra cómo este tema de las identidades étnicas en relación a las migraciones latinoamericanas -que no aparecía en agenda ni siquiera en los estudios sociales- volvía a instalarse como foco de análisis vinculado, además, a los brotes xenófobos y racistas en torno a la población migrante de países limítrofes.

Grimson retoma la histórica presencia de las migraciones limítrofes en la Argentina y va desmontando mitos muy difundidos. Entre ellos, en un contexto de alta desocupación en la Argentina, más del 19% en 2000 y 2001, aborda la supuesta disputa de trabajo entre los nativos y los bolivianos, los paraguayos, los peruanos, quienes eran vistos como causales de la desocupación. Sin embargo, las estadísticas mostraban que la población migrante nunca superó el 2% o 2,5% de la población, porcentaje que hace lejana la idea de “invasión”. De este modo, si la migración limítrofe no varió a lo largo de la historia argentina, el autor plantea entonces que, en realidad, lo que cambió fue la Argentina de la década de 1990. Y en ese contexto, la híper visibilidad en torno a lo étnico -que no es más que la marca latinoamericana en Argentina-, es explicada por la disputa de trabajos que hasta entonces realizaban los migrantes en un contexto de alta desocupación y crisis económica.

¿Pero a qué nos lleva esa lógica y a qué nos invita Alejandro Grimson? A la problematización de la construcción de la alteridad en la Argentina y cómo la presencia de migrantes bolivianos y bolivianas -así como peruanos, peruanas, chilenos, chilenas-

en nuestra zona lleva a replantearnos otras definiciones de circulación transfronteriza que escapan a las definiciones estatales de las fronteras. También invita a pensar las configuraciones de circulación poblacional a nivel de regiones que han trascendido los límites políticos de los Estados y que tienen una duración histórica.

Pensemos en nuestra zona patagónica, en la histórica presencia de mano de obra chilena y de cómo forma parte de la circulación en regiones, más que en naciones. En esa línea, se concluye que la mirada alarmista de la presencia migrante limítrofe en la Argentina se basa en un mito, en la invisibilidad de la diversidad histórica de las poblaciones en nuestro país. El alarmismo por la presencia de población limítrofe y su visibilidad -incluso a través de las organizaciones porque son un importante lugar de interlocución y de disputa- pone de relieve el acceso a los derechos o de demanda de acceso a los derechos. Pero esta hiper visibilización no hace más que mostrar la negación étnica que ha tenido el Estado nacional y cómo en la Argentina desde el imaginario de la construcción de la nación desde fines del siglo XIX, ha existido una negación -luego el genocidio- de las marcas indígenas y afro descendientes.

En la construcción de la nación, se ha construido una identidad excluyente de otras formas de pensar las diversidades culturales. Más bien, diría Rita Segato (2007), en la Argentina ha habido una obsesión de negación de lo étnico, un temor a lo étnico. La visibilidad de lo étnico es lo que pone en jaque o en tensión ese imaginario de unificación nacional. La construcción de lo nacional como invención del Estado, desde fines del siglo XIX y principios del siglo XX, fue exitosa al construir un único sentido de identidad a partir de la mono cultura nacional -a través del sistema educativo centralmente y desde el servicio militar obligatorio-.

Desde instituciones como la escuela -y en esto el sistema educativo ha sido un baluarte- se ha consolidado la identidad nacional pensada en términos exclusivos. De esa manera, las identidades étnicas quedaron por fuera, negadas, silenciadas bajo la imposición de solo una identidad nacional. La sola presencia de los migrantes limítrofes cuestiona este imaginario de identidad nacional única, blanca, mono lingüística en Argentina.

Por eso, pensar en términos de cómo nos vinculamos con nuestros sujetos y sujetas de estudio, necesariamente nos lleva a repensarnos como parte de esa interlocución, donde ese saber cultural “otro” emerge desde nuestra relación en el trabajo de campo. Sólo podría ser posible sostener un diálogo intercultural en tanto reconozcamos al otro

y a la otra en esa posibilidad de alteridad, no como un sujeto/sujeta que está de prestado en nuestro territorio, sino como sujetos colectivos que forman parte de nuestras historias latinoamericanas y de nuestras marcas coloniales.

Entonces, más allá de que ha sido exitosa la maquinaria estatal en definir límites precisos para el acceso a los derechos, o incluso a la tierra, de clasificar a los sujetos en función de la nacionalidad, el hecho de re-pensar el acceso a los derechos también puede problematizarse desde esos territorios que se van ensamblando.

Los migrantes instalan esa sorpresa, ese extrañamiento; las familias bolivianas nos desafían a pensar al “otro cultural”. Y ese “otro cultural” que circula por el campo en la Argentina no es más que parte de nuestras historias latinoamericanas. Además ese sujeto, sujeta que circula por los espacios agrarios, interpela las definiciones estatales de lo nacional. Porque, insisto, nos muestra las marcas indígenas latinoamericanas y esto nos rompe los esquemas de intervención. Muchas veces, con quien nos vinculamos en los espacios agrarios no es el colono, no es el chacarero europeo con el que quizás también compartimos ciertas proyecciones de movilidad social, ciertos anhelos de acceso a derechos.

Ese sujeto agrario rompe con la mirada y proyección que ha tenido el Estado nacional argentino de promoción a determinado sujeto agrario, de origen europeo.

La noción de hipervisibilidad étnica que señala Grimson, conduce a pensar el desafío de descolonización de la construcción de quien deben ser “productor”, de quien tiene derecho a la categoría de “productor”. Esto ustedes lo deben vivir y lo deben ver en las propias organizaciones de productores, donde hasta se transforman en organizaciones paralelas, unas de productores más tradicionales, anclados territorialmente o de más larga data y además de origen europeo o descendencia europea y otras organizaciones de horticultores, como si esos horticultores no fueran productores.

Esa distinción plantea la disputa en torno a quién ha tenido derecho en la Argentina de constituirse en un pequeño productor. Entonces pensar en una descolonización de nuestras propias miradas, de lo que debe o puede ser un productor, implica reconocer las marcas étnicas de la diversidad en la Argentina. Y entonces podemos ver como fenómenos el retraimiento muchas veces de la figura del productor descendiente de europeos y el avance de la figura del productor o la productora boliviana en distintos

espacios del país -ocupando tierras antes destinadas a la “producción tradicional”- que antes circulaba por los márgenes o fronteras.

La hipervisibilidad que señala Grimson también alerta sobre nuestras producciones científicas vinculadas a estos sujetos sociales, sobre nuestras implicancias y compromisos políticos. En esta hipervisibilidad de lo étnico, como parte de las configuraciones diversas de las producciones en Argentina, debemos preguntarnos acerca de quiénes están “consumiendo” lo que producimos. Y ahí vienen nuestras implicancias políticas; es replantear el carácter ético de la práctica de investigación. Porque no estamos pensando en un conocimiento que circula solo por universidades o circuitos académicos sino que puede ser apropiado por los sujetos-objetos de estudio, lo que no es un dato menor más aún si trabajamos con organizaciones.

Inicialmente en la antropología -o en trabajos de investigación con lógica positivista-, existía una distinción entre un saber académico y un saber popular. A partir de esta distinción jerárquica se hacía el trabajo de campo, había una permanencia más o menos prolongada y los informantes -ahí sí pensados como informantes- no modificaban demasiado la vida académica. Se comprobaba quizás una teoría que no inquietaba, que no movilizaba preguntas y había una distancia bastante significativa de circulación espacial con los informantes. Incluso para la antropología eran distancias continentales, un antropólogo iba a hacer trabajo de campo a Asia, África, América. No había una implicancia política con respecto a los efectos que podían tener los trabajos de campo. Pero no es lo que nos pasa a nosotras y a nosotros con un anclaje territorial fuerte, donde incluso pueden ser nuestros sujetos-objetos de estudio quienes hoy sean productores de conocimiento.

Esto quiere decir que los sujetos y sujetas pueden incluso cuestionar lo que nosotras y nosotros produzcamos. ¿Por qué no? Si lo pensamos en términos de diálogos interculturales por qué no generar espacios desde los cuales esas devoluciones sean posibles. Entonces ya no tiene que ver con un conocimiento jerárquico, el cual producimos desvinculado territorialmente sino más bien, tiene que ver con un conocimiento construido por dos partes.

Entonces las devoluciones son posibles así como la potencialidad política, desde cómo reconocer al otro como un sujeto histórico, como un sujeto portador de experiencias con saberes que son valorados. Puede llevar también a un fortalecimiento de los circuitos de

las organizaciones. Visibilizar lo étnico también implica transformar a los sujetos en actores políticos en las escenas locales, provinciales o regionales.

Aquí retomo esta idea inicial de Bartolomé, de correr del lugar de “informantes” a los sujetos y sujetas con las cuales o desde las cuales trabajamos para pensarnos en ese vínculo, insisto, como sujetos demandantes de derechos, como sujetos políticos. De esta manera, la información que nos ofrecen estos interlocutores dejar de ser pensada como un intercambio, como circulación de una mercancía.

También es importante el alerta acerca no quedar atrapados con la información que nos ofrecen solo ciertos interlocutores oficiales o aquellos considerados “más autorizados” que otros. Hay que desnaturalizar la comodidad, porque es cómodo tener en el trabajo de campo dos o tres informantes con los que sostuvimos mayor empatía desde el inicio, que consideramos tienen un panorama general de alguna problemática o de alguna situación respecto de esa población. Siempre existen esas entradas facilitadoras de uno o dos personajes que nos hacen más sencilla la entrada al trabajo de campo. Como diría Pizarro (2007), hay veces que se hace una frontera infranqueable y hay que probar otra alternativa. Estas situaciones existen en el trabajo de campo pero no naturalizarlas implica mirar las propias relaciones de poder que existen en el seno de las organizaciones o en seno de esas propias poblaciones que nos habilitan ciertos diálogos más autorizados y otros más ocultos.

Rosana Guber (2001) aborda las implicancias del trabajo de campo y cuáles son los límites, dentro de las posibilidades que tenemos, de hacer observación participante. Esto había olvidado de mencionarlo: en la propuesta de trabajo etnográfico podemos combinar la observación -con el registro posterior o si se puede en ese momento, de lo observado, de lo escuchado-, con las entrevistas. Pero la mayor incertidumbre que se ha generado en el trabajo etnográfico tiene que ver con los límites y las posibilidades que ofrece la observación participante. Los primeros antropólogos dirían que sólo el involucramiento con nativos/as en su vida cotidiana o socializando en la vida de esas poblaciones permitiría hacer un buen trabajo etnográfico, es decir, sólo de esa manera sería posible recuperar la percepción que tienen los nativos de la vida local. Hoy es casi insostenible por las posibilidades de financiamiento que tenemos, nadie podría, creo yo. Ni siquiera en CONICET existen becas que nos permitan

realizar una estadía prolongada en un lugar, sostener una indagación etnográfica en los términos en los que se lo hacía hasta las décadas de 1950 y 1960.

Hoy nuestras idas y venidas llevan a que seamos investigadores e investigadoras más “intermitentes” podríamos decir, donde el trabajo de campo, en una temporalidad prolongada tiene que ver más que con la implicancia en la larga duración con una comunidad o con una población, que las posibilidades de una permanencia en el lugar. No quiere decir que no haya gente que lo haga -y que lo haga muy bien- pero, por lo general, combinamos actualmente la realización de entrevistas y algún tipo de observación lo más sostenida en el tiempo posible. También implica las posibilidades de que se sostenga la entrada y que no sea observada con sospecha en ese lugar al que no pertenecemos lo cual ha sido un desafío para los estudios antropológicos, es decir, la problematización de nuestra implicancia en el trabajo de campo en sus posibilidades y límites. Como diría Guber, conduce a una necesaria y permanente “reflexividad” sobre nuestra incidencia en los vínculos que se establecen en el lugar donde realizamos el trabajo de campo y reflexionar si lo que nos están diciendo es realmente lo que se hace.

Cabe destacar esa necesaria combinación entra la observación y las entrevistas porque, además, en ese involucramiento del trabajo de campo opera la teoría en forma permanente. Entonces nunca lo que describamos va a ser fehacientemente la perspectiva del actor sino que va a estar filtrada por nuestras propias concepciones del mundo, por nuestras propias teorías.

Por otra parte, es interesante pensar el ejercicio de escritura en términos académicos donde también los sujetos y sujetas que estudiamos se sientan reflejados; que sea una producción que refleje la vida, las problemáticas y las desigualdades vividas por esos sujetos y sujetas.

Es por ello que debemos estar atentos y atentas a la clasificación que se realiza a escala local. Debemos deshacernos de la categorización u homogenización que proviene del Estado y de categorías teóricas. Pero al quitarnos esa homogenización y pensar en la recuperación de las clasificaciones locales pueden circular no sólo la etnización de los sujetos, sino también la racialización. Esto es desarrollado por Cynthia Pizarro (2010) al analizar la circulación de bolivianos y bolivianas en la producción de ladrillos en Córdoba. La autora destaca cómo también en las clasificaciones sociales puede aparecer una racialización, en el sentido de sostener o

argumentar las clasificaciones sociales en atributos naturales de los sujetos. En la etnización, en cambio, las clasificaciones tienen anclajes culturales. Frases como "son así porque, están habituados a tales condiciones", "es parte de su cultura" son marcas de etnización de los sujetos, pensar que por la cultura explicamos las desigualdades.

Desde esta misma lógica, muchas de las clasificaciones que operan en los espacios agrarios tienen que ver con una racialización de los sujetos, es decir, creer que por atributos biológicos o hereditarios -definidos por la transmisión familiar, a partir de la filiación de parentesco-, los sujetos o los colectivos poseen determinadas características. Por ejemplo, la vinculación en el trabajo agrario, especialmente en la horticultura, de bolivianos y bolivianas con la capacidad de resistencia al trabajo. Ahí hay un cuerpo que está racializado porque se justifica a partir de la naturaleza, como un atributo el sostenimiento de un trabajo que no hacen o no harían otras personas en esas mismas condiciones. Sin embargo, fíjense como desde la racialización de esos cuerpos, desde la atribución natural de fortalezas se legitiman condiciones deplorables de trabajo. Es decir, se legitiman las desigualdades sociales. Esto es usual pero no fácilmente problematizado, se legitiman las clasificaciones sociales en un territorio al señalarse que habría sujetos y sujetas más capaces que otras de soportar tales condiciones de trabajo. La racialización de los cuerpos coincide, en general, con los sujetos más expuestos a la explotación del trabajo; entonces hay una clara vinculación entre estructura social y racialización de los cuerpos.

Bibliografía

- Arach, O. (2008). Perdido en el campo. Dilemas de un antropólogo en una institución de desarrollo rural. En L. Bartolomé y G. Schiavoni (Comps.), *Desarrollo y estudios rurales en Misiones* (pp. 77-94). Buenos Aires, Argentina: CICCUS.
- Bartolomé, M. A. (2003). En defensa de la etnografía: el papel contemporáneo de la investigación intercultural. *Revista de Antropología Social*, (12), 199-222.
- Geertz, C. (2005). *La interpretación de las culturas*. Barcelona, España: Gedisa.
- Grimson, A. (2006). Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en la Argentina. En A. Grimson y E. Jelin (Comp.), *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencias, desigualdades y derechos* (pp. 69-97). Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires, Argentina: Norma Editorial.
- Moore H. (2009). *Antropología y feminismo*. Valencia, España: Universitat de Valencia.

- Pizarro, C. (2007). Negociaciones y sentidos morales e instrumentales de las etnografías. Los casos de dos organizaciones de productores frutihortícolas bolivianos en la Provincia de Buenos Aires. En CD-ROM *V Jornadas de Etnografía y Métodos Cualitativos*, IDES, Buenos Aires, Argentina.
- Pizarro, C. (2010). "Olor a negro" en los cortaderos de ladrillos. La producción discursiva de la discriminación de los trabajadores inmigrantes en un área peri-urbana de Argentina. En *VI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo*. Ciudad de México.
- Segato, R. (2007). *La Nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Política de la Identidad*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- Trpin, V., Rodríguez, M. D. y Bouchoud, S. (2017). Desafíos en el abordaje del trabajo rural en el norte de la Patagonia: mujeres en forestación, horticultura y fruticultura. *Trabajo y sociedad*, (28), 267-280.